

JOSE ANTONIO ARDANZA

EN MEMORIA DE JOSÉ ANTONIO AGUIRRE

Hace pocos días recibía de Juan M^a Atutxa, presidente de la Fundación Sabino Arana, la petición de que, en mi condición de exlehendakari, escribiera unas reflexiones personales sobre el significado para mí de la figura de José Antonio Aguirre, primer lehendakari de Euskadi, con motivo del 50 aniversario de su fallecimiento.

Sentí un cierto temor reverencial por el encargo, porque siempre me he acercado a la figura de José Antonio Aguirre con admiración, respeto y gratitud.

No llegué a conocerle personalmente, pero el mito de “Gure Lehendakaria”, como un personaje extraordinario que velaba y nos protegía a todos los vascos, quedó impreso en mi mente infantil a los 9 o 10 años, pasando a formar parte de ese imaginario de héroes y personajes de leyenda propios de un chaval de esa edad.

Recuerdo cuando por primera vez me hablaron de que los vascos teníamos un lehendakari. Nunca había oído esa palabra, por tanto difícilmente podía entender su significado. Sería a principios de los años cincuenta. Mi padre, con el que mantenía una relación muy especial, ya había ido sembrando en mí a través de las historias de la guerra civil -recorriendo y pisando con él los Intxortas, los Mendisolos, Sebigain..., con trincheras y alambradas aún visibles, sitios en los que, en su condición

de gudari, le había tocado luchar y sufrir, hasta caer herido- la gran injusticia de la que habíamos sido objeto los vascos por la agresión de una guerra provocada por una sublevación militar.

En esos primeros años cincuenta, mi padre me llevó a Bilbao, por supuesto en tren, a que conociera el funicular de Artxanda, y el monte y las laderas del mismo nombre. Recorriendo sus caminos empezó a contarme cómo a principios del verano del 36 fueron convocados multitud de jóvenes vascos a quienes se les había pedido que se presentaran vestidos con pantalón mil rayas y camisa blanca, y que José Antonio Aguirre, que luego sería lehendakari, les dirigió un mitin, hablándoles de la delicada situación que se estaba viviendo en Madrid, y que estuvieran preparados para lo que pudiera ocurrir.

Días más tarde se producía la sublevación militar del 18 de julio, el 1 de octubre de aquel año se aprobaba el Estatuto de Autonomía, y el 7 del mismo mes José Antonio Aguirre era elegido lehendakari, jurando el cargo, como primer lehendakari de Euskadi, bajo el árbol de Gernika. El frente estaba ya en Intxorta (Elorrio).

Así me enteré yo, en mi paseo con mi padre por Artxanda, de que los vascos teníamos un "jefe", un presidente, como Franco en España, pero el nuestro en bueno, y que además vivía en París porque no podía hacerlo entre nosotros ya que Franco le quería fusilar... Todo esto, además, con la advertencia expresa de mi padre de que no podía contar nada a nadie, ni a los amigos, ni al profesor de la escuela... a nadie. Eran secretos entre él y yo.

Con este relato sencillo, incluso infantil, he querido reproducir los sentimientos de aquel chaval de 10 años que oye por primera vez la palabra lehendakari. Ahora, cuando en el año 2010, y a solicitud de la Fundación Sabino Arana, uno rebusca en ese baúl de los recuerdos de su infancia y juventud cómo llegó a tomar conciencia de la existencia de un lehendakari, y de lo que esa figura significó para aquella generación -que le tocó defenderse de una agresión militar, que fueron



José Antonio Agirre y varios amigos disfrazados de moros en la ciudad de Toledo, años 20.



José Antonio Agirre en un mitin en el Euskalduna de Bilbao durante las elecciones municipales de 1931.

derrotados, perseguidos, encarcelados, silenciados, y que la única llama que alimentaba una esperanza de un futuro mejor era ese lehendakari-, no sabe si creer que ese recuerdo es un simple sueño que no existió, un mal sueño, o el sueño es el presente.

Fueron pasando los años, aquel chaval creció y el 22 de marzo de 1960 nos llega la noticia de que el lehendakari ha muerto. La conmoción fue tremenda en la familia nacionalista de Elorrio. ¿Eta orain zer? Hablo de lo que yo viví directamente. Estoy seguro de que en todas partes se preguntaron lo mismo. ¿Y ahora qué? Y que cada cual supo dar su respuesta.

Para mí estuvo clara. Se nos había ido el gran líder; no lo íbamos a poder suplir, pero con el compromiso y esfuerzo de muchos mantendríamos el testigo que nos había dejado.

Un año más tarde pasé a formar parte de la mesa nacional de Eusko Gaztedi (E.G.I.), y muchos más nos fuimos sumando a aquel compromiso. Y empezaba mi aprendizaje de la vida del líder que nos había dejado.

Leyendo sus discursos, su epopeya narrada en el libro “De Guernica a Nueva York pasando por Berlín”, sus conferencias, escuchando a las personas que le conocieron de cerca, fui tomando conciencia del hombre en su dimensión de creyente, de nacionalista comprometido con su partido, el P.N.V., del patriota comprometido con su País Euskadi, de su visión solidaria con los más necesitados, de su talante dialogante e integrador, de su carácter abierto, franco y siempre positivo del que emanaba un halo de confianza y optimismo. Cualidades que le sirvieron para soportar, superar y salir airoso de las circunstancias que le tocaron vivir.

Desde la escisión del partido hasta su reunificación en 1930, desde la ilusión en la defensa del Estatuto de Estella (Lizarrar), hasta su gran frustración ante el fracaso del mismo en la Asamblea de Pamplona a mediados del 32. De su época de diputado en Cortes, en la que le tocó compaginar la defensa de los intereses de Euskadi en Madrid,

“La libertad
ha sido y será
patrimonio
universal”

Mensaje de Gabon. New York, 1945.

con su participación activa en la política vasca y en el fortalecimiento de su partido. De su entrega y dedicación generosa que hicieron de aquel hombre -luchador nato, orador brillante e inaccesible al desaliento-, un líder querido entre los suyos y respetado tanto por las derechas como por las izquierdas. De ahí que, producida la sublevación militar, nadie dudara de que aquel primer Gobierno Vasco tenía que ser liderado por José Antonio Aguirre. Qué gran honor para él ser el primer lehendakari de Euskadi, y qué gran tragedia tener que hacerlo en aquellas condiciones de guerra con tan pocos recursos para defenderse.

Pero la tragedia no le amilanó y puso a trabajar a todo el mundo. Se organizó la defensa del territorio, se garantizó la seguridad de los civiles, se fundó la universidad pública vasca, se emitió moneda..., pero nueve meses más tarde aquel esfuerzo ímprobo fue desbordado por la fuerza de las armas. Bilbao cae, el gobierno se repliega a Trucíos, el ejército vasco se entrega a los italianos en Santoña, y José Antonio, con parte de su gobier-

no, en agosto del 37 se ve obligado a viajar al exilio, sin poder regresar nunca más al país que tanto amó y por el cual murió.

Se inicia la etapa de París, con la delegación del Gobierno Vasco en la famosa avenida Marceau. Tres años más tarde, con el inicio de la segunda guerra mundial, la familia se traslada a Bélgica, luego a Berlín, y por fin, el verano del 41, logran huir de Europa para arribar a las costas americanas y establecerse finalmente en New York. Allí, su actividad vuelve a renovar su energía e ilusión. Se vuelve a poner en marcha la delegación del Gobierno Vasco con parte de sus consejeros y alterna su dedicación política con la académica, como profesor en la Universidad de Columbia, y con la familiar. Son los tiempos de la colaboración con los aliados, las conferencias por el continente suramericano y las promesas de reconocimiento a la labor de los vascos, tanto por los americanos como por los aliados en Europa.

Terminada la segunda guerra mundial, el lehendakari Aguirre y su familia vuelven a Europa y, tras una breve estancia en Donibane Lohitzun, se trasladan definitivamente a París. Se instala de nuevo la delegación del Gobierno Vasco en la avenida Marceau y se inician, tal vez, los años más ilusionantes y esperanzadores de la vida de José Antonio Aguirre. Una actividad frenética marcada por unas relaciones intensas y fluidas en la política internacional, una presencia muy activa en el proyecto de construcción europea y la esperanza de que se cumplan las promesas aliadas de desalojar al dictador. Se mantiene, al mismo tiempo, una importante resistencia organizada para el momento de la esperada intervención militar aliada en España.

Pero el tiempo va pasando, los intereses estratégicos en la política mundial van cambiando, la Rusia de Stalin y sus proyectos comunistas se van transformando en el gran enemigo, y Franco, que se ha convertido en el gran paladín anticomunista, empieza a ser visto como un posible aliado.

En el año 51 las cosas empiezan a cambiar drásticamente y en el 53 se consume lo que nuestro gobierno, nuestro lehendakari y los partidos veían



José Antonio Aguirre, alcalde de Getxo y líder del movimiento municipalista de la primavera del 31, interviene en la plaza de toros de Lizarra-Estella, durante la campaña a favor del Estatuto. Junto a él aparece, entre otros, Fortunato de Aguirre, alcalde de Lizarra-Estella.



Despedida del pueblo vasco a sus diputados en Gernika. En la imagen, entre otros, José Antonio Aguirre tras Jesús María Leizaola y Ramón Bikuña. En la fila de la derecha, Monseñor Pildain, José Luis Oriol, Marcelino Oreja y Manuel Egileor.

venir. Franco firma el nuevo concordato con la Santa Sede, firma la alianza con EEUU -visita de Eisenhower incluida- y más tarde España entra en Naciones Unidas.

Más de una vez he escuchado que José Antonio Aguirre empezó a morir en ese momento. Abandonado a su suerte, sin apoyos políticos, con un Vaticano beligerante y entregado a Franco y éste reconocido y legitimado por todos. Los años siguientes fueron para el lehendakari, para su gobierno, para los partidos que habían luchado por la democracia y las libertades, años sombríos, tristes, de una gran frustración, donde la esperanza era más un acto de la voluntad que de la fe.

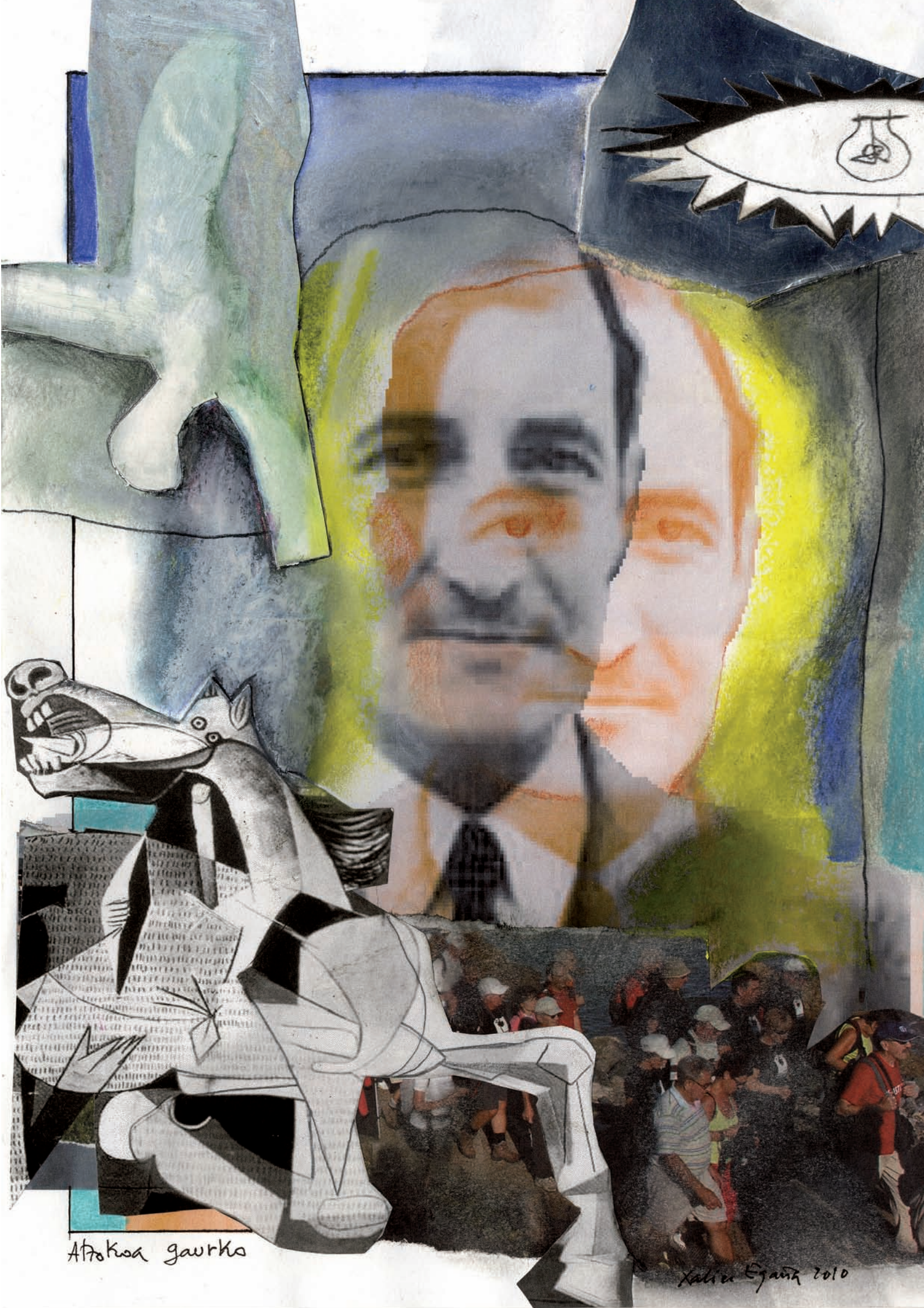
Y en estas circunstancias muere el lehendakari el 22 de marzo de 1960 con el corazón destrozado. Triste situación para él y su familia, y muy triste también para los que quedamos aquí huérfanos soñando con una patria libre en democracia.

Tuvieron que pasar quince años más para que el dictador muriera, y dos más, hasta junio de 1977, para que volviéramos a votar. Y pudimos, por fin, emprender el camino de la recuperación de las libertades democráticas, la recuperación del autogobierno y de instituciones propias: parlamento, gobierno, lehendakari, diputaciones forales con su

Concierto Económico, ayuntamientos libremente elegidos... y todo ello con un amplísimo respaldo al Partido Nacionalista Vasco y a los hombres y mujeres que este partido sometió al refrendo popular. Gobierno Vasco presidido por un nacionalista, Parlamento Vasco presidido por otro nacionalista, las tres diputaciones en manos de los nacionalistas, los ayuntamientos de las tres capitales de la CAV y la inmensa mayoría de los ayuntamientos también bajo responsabilidad nacionalista.

Esto significaba que aquella semilla que sembró la generación del lehendakari Aguirre, con tanto sacrificio, con tanto sufrimiento, casi hasta la extenuación e incluso extinción, no fue baldía. La generación que les seguimos, desde la admiración que les profesamos y la gratitud que les debemos, no podíamos defraudarles y creo que no lo hicimos. Ojalá las siguientes generaciones sepan continuar el camino emprendido hasta alcanzar el ideal de esa patria libre y democrática.

Gracias a los hombres y mujeres de aquella generación, que fueron arrastrados a una guerra que no buscaron, que sufrieron persecución, cárcel, exilio, incluso muerte, por la defensa de esos ideales. Y gracias, a ti, lehendakari José Antonio Aguirre, que con el testimonio de tu vida y muerte dejaste tu ejemplo para las generaciones venideras.



Atakoa gaurko

Xabier Egaitz 2010